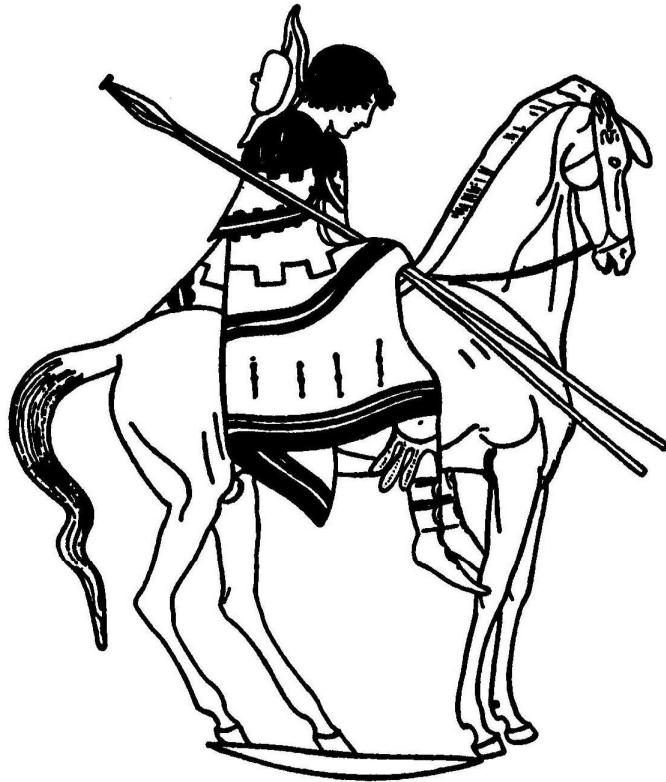


ADONIS, CAZADOR FALLIDO Y EL ADVENIMIENTO DE LA AGRICULTURA *



Homero Calderón

Desde los últimos años del pasado siglo hasta nuestros días, se ha creído ver en Adonis un "espíritu de la vegetación" o "una divinidad agraria que muere y renace" o "un dios agonizante", o "un perfume y medio de seducción". Sin embargo, pensamos, ninguno se ha preguntado, por qué a un mismo personaje se le ha interpretado de todas estas maneras. Para nuestro propósito, pudiera servirnos el interesante libro de W. Atallah (1966) "**Adonis en la literatura y el arte griego**", en que pone de relieve los diversos componentes del héroe, sometiendo a severas críticas las tesis sostenidas hasta ese momento, y llamando la atención a quienes realizan estudios sobre Adonis, a fin de que se tenga en cuenta toda la documentación de que se pueda disponer, sin exclusión de ningún texto a pesar de su extensión. No obstante, se deberían tomar en consideración, justamente, los diversos elementos del complejo mítico-ritual relativo a Adonis, y poner en claro, de una vez por todas, la tendenciosidad e inutilidad de reducir el personaje a uno solo de sus componentes. Este pudiera ser el punto de partida que nos sirviera de "hilo de Ariadna" para llegar, a través de la documentación, a entender cómo un específico componente se entrelaza a otros, para formar el tejido unitario y homogéneo que es el personaje, y poner en juego la función que el personaje mismo, en toda la complejidad de su temática, desarrolla en el ámbito de la mitología griega.

Remontarse, del estudio de un aspecto particular del dossier de Adonis, a una visión global del complejo mítico en el que el héroe es el centro, constituye, justamente, nuestro objetivo.

* Este Artículo ha sido elaborado en base a unas viejas notas tomadas en el curso realizado en el año 1973 con la profesora de religiones del mundo clásico Iulia Piccaluca en la Universidad de Roma.

Como motivo conductor hemos escogido una característica hasta ahora particularmente descuidada por los investigadores, o, al menos, no adecuadamente valorizada: su actividad como cazador.

Una parte de la documentación relativa a él, presenta a Adonis como estrechamente ligado al mundo de la caza. Desciende directamente del cazador Céfalos y padre de la gran cazadora Beroe, que por esta función, pudiera ser asimilada a Artemis. Su importancia en el plano venatorio debía ser tan significativa, que figura justamente en el primer puesto en un elenco de cazadores míticos, tales como Acteón, Hipólito y Perdix. Además, la misma Afrodita, que en ocasiones se asemeja a Artemis, hasta en su atuendo, (Ovid. Met. X,539 s.s.) está ligada a él. Teatro de sus actividades como cazador son las célebres localidades del monte Ida, el Casios, las selvas de Chipre y el Líbano. La caza parece, además, condicionar de un modo o de otro su completa existencia, en la que los episodios más sobresalientes tienen lugar en un ambiente venatorio: el nacimiento del tronco del árbol de la mirra roto por los dientes de un jabalí; el rapto sufrido por parte de Afrodita, enamorada de él al verlo mientras cazaba (Athen. XIII, 566 D); la muerte que le acontece por medio de un jabalí y que, según las versiones, se debe a la ira de Artemis o una venganza de las Musas que entonan a propósito un canto para incitarlo a la caza y enfrentarlo a la bestia.

Si examinamos el tipo de cazador que es Adonis, quedamos sorprendidos. El héroe, a diferencia de cuanto se observa constantemente en otros personajes que la mitología griega presenta como ligados a la esfera venatoria, no es uno de los cazadores que tomaron parte en la conocida caza de Calidón, ni ha frecuentado la escuela de caza del centauro Quirón, cuestión que constituye la praxis para un cazador mítico que se respete. Igualmente, no pertenece al selecto grupo de aquellos que van de caza con Artemis (Aristeo, Acteón, Orión, Atalanta, Hipólito, etc.), o está entre los predilectos de la "Señora de los animales". Al contrario, será tan odiado por ésta, que como hemos dicho, muere a causa de la ira de la diosa, mientras tiene como compañeros sobrehumanos en la caza a divinidades no propiamente destacadas en esta actividad, como Dioniso o Afrodita. En vano esperaremos de él grandes empresas o extraordinarias pruebas de valor; nuestro héroe, en cambio, parece prudentemente haberse especializado en la captura de liebres (Teocr. I, 108) o de animales tímidos o inocuos, como ciervos y cabritos, mientras "se cuida bien de molestar a los robustos jabalíes, los lobos rapaces, los osos dotados de garras y los leones" (Ovid. Met. X,539 s.s.). Su cobardía es tal, que le hace escuchar con agrado los consejos de Afrodita que lo pone en guardia contra los

peligros de la caza, y sobretodo, lo exhorta a huir de "todas aquellas especies de animales que en vez de voltear la espalda al cazador, lo enfrentan cara a cara para luchar" (Ovid. Met. X,550 s.s. 7)5 s.s.). La única vez que osa enfrentarse a un jabalí, no lo hace de forma espontánea, sino constreñido o casi arrastrado por el canto especial que las Musas entonan, para incitarlo a la lucha. En esta única circunstancia en que habría podido mostrar su valentía de cazador, falló clamorosamente, en extremo tal de encontrar la muerte; y no como se pensaría, valerosamente, en un escenario silvestre y en el curso de una furibunda lucha con la fiera, sino con cobardía, después de haber volteado la espalda y tratado de huir, corriendo a más no poder; y, una vez alcanzado, tratando de esconderse, justamente entre plantas de lechuga (Athen. II, 80 A C D).

Tenemos así el siguiente problema por resolver: un personaje que, por estar emparentado a cazadores ilustres y tener como colegas a otros tantos, siendo nombrado justamente en primer lugar en el elenco de éstos, se revela, no obstante, cazador fallido. Para encontrar una solución, o mejor, para descubrir el por qué de esta aparente contradicción en el ámbito de la mitología griega, es necesario realizar una revisión prospectiva, es decir, ver si ese constituye un **unicum**, o si se encuentran casos similares en el complejo de los mitos de caza. Antes de hacer este estudio, debemos clarificar qué cosa se debe entender como mito de caza en la tradición griega.

Quien tenga cualquier familiaridad con esta mitología, sabe cuán frecuentemente se presenta el tema de la caza. Basta pensar al respecto, para uno darse cuenta de ello. Empresas como la caza del jabalí de Calidón, el rol educativo de la escuela de caza del centauro Quirón, la existencia de colectividades enteras o grupos familiares míticos dedicados a la actividad venatoria (como el pueblo de los Curetes, de las Amazonas, o de los Celonófagos, o el árbol genealógico de Meleagro), el prodigioso valor de un Orión, un Aristeo, un Acteón, solo para citar algunos nombres. Innumerables son los relatos que tienen a cazadores como protagonistas o que plantean situaciones con motivos análogos típicos de las mitologías de pueblos cazadores-recolectores. Debemos tener presente también, los infinitos casos en los cuales el excesivo jactarse, de parte del cazador, por su propia maestría y fortuna, es castigado de inmediato por la "Señora de los animales", cuya sanción cae, igualmente, sobre cuantos dan muerte a un número de especies salvajes mayor de lo permitido, o violen (cosa que ocurre con frecuencia), los tabús de caza o los numerosos episodios en los cuales una parte esencial parece ser: la exhibición de las piezas capturadas; la cuidadosa división de las carnes de la presa entre los diversos participantes de la batida; la correcta distribución de los trofeos

entre quienes se lo merecen, etc. ¿No es, acaso, la muerte involuntaria de una cierva sagrada a Artemis la causa primera, del retardo en la partida de la flota griega para la guerra de Troya?. ¿No es con la disputa surgida por la piel y la cabeza del jabalí muerto por Meleagro que explotó el conflicto entre Curetes y Etolios en el tiempo de los orígenes?

Que sea en clave decididamente venatoria, tanto el fondo como el contenido de innumerables tradiciones, no significa, sin embargo, que estemos frente a verdaderos mitos de caza. La comparación histórico-religiosa, en efecto, nos muestra cómo existe una neta distinción entre relatos que pueden, con razón, ser definidos como auténticos mitos de caza, y acontecimientos que, a pesar de contener en sí motivos y elementos míticos relacionados a aquéllos, no entran dentro de esta definición.

Los primeros, que se encuentran en las mitologías de pueblos cazadores-recolectores, tienden a instituir el cosmos en sus diferentes aspectos, y a fundar particularidades culturalmente importantes de la condición humana o la existencia actual configurada en sus rasgos característicos de una economía basada en la caza y recolección, a pesar de que estos mitos permanezcan en ambientes culturales de pueblos que ya conocen y practican la agricultura.

Después de diversos acontecimientos y aventuras venatorias aparecerán por primer vez la luna, ciertas constelaciones, el sol, el arco iris; el paisaje adquirirá su conformación actual, mediante la sistematización de valles, ríos, montañas, rocas y escollos. Harán su aparición las primeras aves; los primeros animales como las ovejas selváticas, las liebres, los canguros, los peces y cocodrilos. También como consecuencia de ciertas empresas de caza, aparecerá la mujer, y con ella, los productos espontáneos del suelo que se obtienen en la recolección. Los hombres aprenderán a llorar o se diferenciarán en sus lenguajes. Además, siempre a causa de acontecimientos míticos relacionados con la caza, existirán cazadores expertos que no fallarán jamás, y otros que para obtener éxito deberán intentar la empresa varias veces. Será inventado el fuego, el modo de construir las cabañas; se instituirá el matrimonio, etc.

El segundo tipo de relatos, presente solo en pueblos que conocen y practican desde hace mucho tiempo la cultivación, tiene en cambio la función de fundar en sus diferentes aspectos este tipo de economía. En ellos se relata cómo, después de empresas de caza o por obra de cazadores a menudo en crisis, y que abandonan esta actividad, o tienen un fin trágico, este género de existencia ya superado, desaparece de una vez por todas, para dejar paso a la nueva economía agrícola.

Así, los animales selváticos se retirarán definitivamente al bosque, y para alimentarse se conocerá la primera espiga de trigo, de maíz, el coco, la palma, la caña de azúcar, los tubérculos comestibles; la caza se deja a los chimpancés, que desde entonces se separan del hombre que aprende a preparar las plantaciones y a cultivar frutos.

Esta distinción entre mitos de caza verdaderos y relatos que solo en el plano formal presentan analogías con los primeros, se encuentra, en forma muy marcada, en el ámbito de la tradición griega. Particularmente, entre las diversas historias que hablan de caza y de cazadores, sólo poquísimas pueden ser consideradas como pertenecientes al primer grupo, mientras la mayor parte parecen utilizar motivos de caza para instituir, en cambio, un tipo de realidad en la que para esta actividad no hay (ni debe haber) más puesto, debiendo esa ceder el paso a los nuevos componentes de la existencia actual, **in primis** a la agricultura.

Los protagonistas de los mitos de caza auténticos, lejos de mostrar algún nexo con la esfera agraria, que les es del todo extraña, se revelan, en cambio, estrechamente ligados a la institución del cosmos y de las condiciones existenciales, o, al menos, a su última y definitiva sistematización.

Hipólito, Asclepio, Orión, Arcas, Calisto, Maya, darán origen a otras tantas constelaciones; Endimión guiará en el cielo la luna o regulará sus fases; Escila, Caribdis, Orión, Calidón, Teutrante, Sarón, Reso, luego de sus hazañas, serán tramutados en escollos, promontorios, estrechos; darán el último nombre (en lenguaje mítico) a diversas montañas y a brazos de mar o a ríos. Narciso será transformado en flor, Atalanta, Melanión, Glauco, Idas y sus compañeros darán vida, con sus metamorfosis, respectivamente, a la primera pareja de leones, a un tipo de pez, a las diomedeadas. Las historias de Glauco y Asclepio instituirán de una vez por todas la ineluctabilidad de la muerte para el género humano. Epiménides enseñará la utilidad alimentaria de ciertas plantas espontáneas; los acontecimientos que tienen como protagonistas a Idmo Atis fundarán el respeto por los tabús de caza, además de la consideración que se debe tener a la voluntad de los oráculos.

En la segunda categoría de mitos, en cambio, los protagonistas, sus empresas, el éxito de éstas, pese a estar siempre declaradamente y en forma manifiesta relacionadas con la caza, se revelan todos tendientes a fundar y a consolidar en manera diversa una realidad agraria. Es de por sí significativo el que la mayor parte de los héroes cazadores griegos, se muestre casi siempre hostil a Artemis y a la esfera que le es propia, al punto de ofender a la diosa,

atentando contra ella o su séquito, negándole la oferta primicial o dándosela incompleta, osando medirse con ella en maestría, violando los tabús de caza, etc. Los nombres de Orión, Acteón, Teseo, Toante, no son más que algunos de una vasta fila de cazadores cuyos componentes en el mito parecen tener la intención de terminar con la diosa. Encontramos otros que, a pesar de dedicarse constantemente al ejercicio de la caza, sin embargo, extrañamente, se limitan a la captura de pequeños animales inocuos, como lagartijas y tortugas, como hacen habitualmente las amazonas (Filostr. Her. 20, 42) o liebres, como Melanión (Arist. Lis. 785 s.s.); y esto con la sola ayuda de las manos, o por medio de lazos y trampas, como acontece con las amazonas, Melanión, Hipólito, Aristeo, y sin derramar sangre. Puede acontecer que, después de haber efectuado la caza del animal, no se quiera comer la carne, como acontece a Hipólito (Eur. Hip. 948-957); también puede darse que el cazador tenga miedo de los peligros que existen en su arte, que tantas muertes ha causado entre sus compañeros, como acontece a Perdix y Acteón y que por este motivo, la abandonen para pasarse a la agricultura.

Nos parece casi superfluo recordar a propósito los nombres de una vasta fila de personajes que practicaron, a un tiempo, la caza y la agricultura, o que, ligados a una actividad de caza y recolección, se empeñaron en entrar al otro tipo de economía. Entre los primeros tenemos a Aristeo, Teseo, Jasón, Toante, Ancayo, Belerofón, mientras entre los otros se pueden recordar a Butes, Argo, Demofonte, el vasto grupo de aquellos que hospedaron a Deméter cuando la diosa andaba en busca de la hija raptada, en un período mítico que se revela notoriamente ligado a la introducción del trigo. Tenemos así una situación aparentemente contradictoria de héroes cazadores que sin embargo inventan, enseñan, difunden, tutelan la agricultura: Perdix y Jasón son "primeros cultivadores"; Aristeo descubre la técnica del injerto (Non. Dion. V 229 s.s.); Búsiges el arado (Plin. Nat. H. VII, 199); Belerofón enseña a cultivar el grano en cuanto **alumnus Cereris**; Teseo defiende los intereses de Deméter contra aquel monstruo devorador de cereales que es Gerión. Y aún más contradictorio parece el hecho de que ellos llegaron a ésto después de empresas, acontecimientos o situaciones de caza: Perdix y Acteón, por los frecuentes incidentes que le han acontecido a sus compañeros, caen en un gran temor; Belerofón, porque como premio por haber dado muerte a monstruos y animales feroces ha obtenido un terreno cultivable (Hom. II. VI, 154-211); Jasón porque cuando, realizaba una empresa en el monte Ida, se unió a Deméter; Ganimedes, después de haber sido raptado y desmembrado mientras cazaba; Aristeo, después de que su hijo Acteón fue despedazado por sus propios perros (Non. Dion. V 229 s.s.).

Estos cazadores-agricultores, así como sus empresas y el éxito de éstas, aparecen contradistinguidos de un neto fracaso. El fin trágico, que parece ser constante, en cuanto inherente a su condición heroica, tiene lugar en conexión directa con su actividad de cultivadores, que es interrumpida bruscamente o de algún modo comprometida. Perdix se da muerte o muere porque se cansa excesivamente de cultivar la tierra; Jasón es fulgurado por Zeus en el surco arado (Hom. Od. V, 125 s.s.); Belerofón muere después de haberse precipitado sobre un terreno de abonar; Demofonte destinado a desarrollar una alta tarea en la esfera demetriaica, se quema demasiado (Apolod. I,5,2); Ancayo es destripado por un jabalí cuando atendía su viñedo. La agricultura que ellos instauran parece destinada a ser introducida, practicada y tutelada de forma equivocada, a realizarse mal, a no llegar a tener éxito: Filis da origen al almendro... que aun no tiene follaje; Ganimedes aporta la vid... que por ser de oro, no da fruto; Ancayo trata de defender su viña de la furia de un jabalí que trata de devastarla... limitándose a lanzar sobre la trompa de éste, el vino que se disponía a beber; será Triptolemo quien difundirá el trigo sobre la tierra, y no Demofonte, que se quema en exceso; el paso de Perdix de la caza a la agricultura no se revela feliz, porque es demasiado fatigante y casi totalmente privado de dar frutos; Acteón trabaja la tierra, pero sin la "indispensable ayuda de la servidumbre", continuando a sustentar su jauría de perros ahora inútiles y no en vano, entre los componentes de su árbol genealógico, encontramos un abuelo, Cadmo, que, como se sabe, ara para plantar, en cambio de semillas, dientes de dragón, y una tía, Ino, que notoriamente tuesta la semilla antes de sembrarla en el surco.

Tales fracasos contienen, sin embargo, los presupuestos del nuevo tipo de economía basada en el cultivo de la tierra, los beneficios de la cual, no obstante, parecen destinados a no ser gozados por estos cazadores-agricultores. Por el contrario, permanecen constantemente fuera de ellos: Demofonte se quema antes de la difusión del trigo; Jasón no verá los frutos del terreno que está arando porque es fulgurado; Belerofón morirá de hambre o será constreñido a autodevorarse en su propio campo; Ancayo no logrará beber el vino de su propia viña; Ganimedes, igualmente, no gozará del producto de la vid, que sin embargo ha introducido y cuya prosperidad continúa en la realidad actual. Su destino será permanecer relegados por siempre en aquella esfera venatoria que, con la aparición de la nueva realidad de tipo agrario, se desliza automáticamente con luz negativa en el tiempo de los orígenes. No por nada, para estos personajes, ser cazadores significa sentir miedo a estar sometidos a continuos peligros, como se ha visto en Perdix y Acteón; tener hambre y morir, como acontece a

Belerofón; huir ante representantes del otro sexo o practicar la homosexualidad o el incesto, como se verifica respectivamente en el caso de Atalanta, Melanión, Belerofón, Hipólito, Ganímedes, Perdix; vivir en soledad en sitios no poblados después de haber repudiado el género de existencia que se desarrolla en las ciudades, como hacen Hipólito y Melanio; mancharse de culpas de impiedad e hibris en los enfrentamientos con ésta o aquella divinidad, como acontece con Perdix, Hipólito, Jasón, Acteón, Ancayo; escoger programáticamente como dimensión existencial, un mundo caracterizado por el revertimiento del orden, del caos, del diluvio que apenas se ha verificado o está por hacerlo, de la titanomaquia hasta ahora en curso. Simultáneamente con el acontecer de cataclismos o de la gran sequía primordial que constituye el equivalente, tienen lugar, en efecto, las hazañas de Jasón, Belerofón, Teseo, Ganímedes; igualmente, la historia de este último tendrá como fondo, sea el diluvio/sequía, que la lucha entre Zeus y los Titanes por la supremacía del universo. Se comprende así, cómo en gran parte de los mitos de una civilización que desde el neolítico practicaba la agricultura, el elemento caza tenga justamente la función de indicar -estigmatizándolo y con ello empujándolo continuamente cada vez más al margen sea del tiempo que del espacio y de la sociedad- todo lo que no es agricultura, y por tanto presente, normalidad, orden. Particularmente significativos se revelan a propósito algunos elementos: el lamento constante del tiempo en que "los antiguos" vivían alejados del consorcio ciudadano y cazaban en las selvas, tema recurrente, en especial del **Hipólito** de Eurípides y la **Fedra** de Séneca; la ubicación en las márgenes del mundo conocido, de pueblos míticos presentados con las características resaltantes de cazadores-recolectores (como las Amazonas, los Curetes, los Celonófagos, etc.); el incolmable abismo y la irreductible distancia entre agricultura y actividad venatoria, fundada de una vez para siempre por aquel grandioso complejo mítico que es la caza de Calidón.

Al último tipo de mitos griegos que hemos tomado en consideración en las páginas precedentes, en el ámbito de los cuales el elemento caza asume el papel de indicar globalmente la negatividad de un pasado ya transcurrido para siempre y que no obstante ha preparado la existencia actual, pertenecen los acontecimientos del cazador Adonis.

Estos se desarrollan en un ambiente que, en varios aspectos, demuestran el conocimiento de la agricultura y, justamente, el cultivo de cereales: las hermanas del héroe tienen nombres por demás significativos: Oino, Spermio y Elaia; el héroe mismo es concebido en la celebración de una fiesta de Deméter (Ovid. Met. X, 340 s.s.); perseguido por el jabalí, trata de esconderse entre las

lechugas (una homónima variedad), con las cuales él se identifica constantemente. No obstante, Adonis no entra jamás en contacto directamente con los cereales, y su historia concluirá con dejarlo absoluta y programáticamente fuera de su esfera, cuyo advenimiento en la realidad actual parece sin embargo anunciar o preceder; y esto, sobre todo, por su relación con una variedad de anémona, justamente el **adonis** flor de la cual en la antigüedad clásica se subrayaba, entre otras, la misión de preanunciar la ya próxima maduración del trigo (Amiano. Marc. 22,9,15). Pero constantemente fuera, al margen -de la normalidad de las cosas, del orden- Adonis parece que debe permanecer siempre, y no sólo por lo que concierne a su singular actividad de cazador, que como hemos visto, se configura como delusiva, frustrada, sino en todo aspecto y momento de su existencia.

Fuera de la normalidad encontramos diversos componentes de su dossier. Por ejemplo, su concepción, que tiene lugar en una ocasión festiva en la cual deberían estar prohibidas las relaciones sexuales (Ovid. Met. X, 340 s.s.); el ser fruto de una relación incestuosa, y en el ámbito de una familia en la que se repiten frecuentemente casos similares; su nacimiento, verificado en un lugar desierto y no habitado, del "tronco" de la madre ya transformada en árbol, y no por un parto normal, sino a través de la corteza que junto a él llora las "lágrimas" de la mirra (Ovid. Met. X, 486 s.s.), o, según las versiones, por el desgarramiento producido por el puñal del padre/abuelo, o por los colmillos del jabalí. Igualmente fuera de la normalidad, o en una luz negativa, lo ponen: su androginia; la homosexualidad, la infancia trajinada, transcurrida en parte escondido en un **larnax** (cofre), en parte en el más allá (Apolod. III, 14,4); su vida agotada sin provecho y precozmente en el ejercicio de la caza (de la cual ahora nos ocupamos) y en los amores, **in primis** sus relaciones con Afrodita, en las cuales Adonis sin embargo hace significativamente casi siempre la parte del seducido, y casi jamás se presenta como el seductor; su muerte ingloriosa entre las hortalizas, en un mundo vegetal, es decir, que pese a ser producto de cultivación, sin embargo está muy lejos de igualarse en importancia a la gran cultura de arado que, en la realidad actual constituía para los griegos la base de su alimentación; la metamorfosis en una planta herbácea sin ningún valor comestible, a cuya flor se le reclamará su falta de perfume, la excesiva fragilidad, la brevedad de su existencia.

Esta programática posición fuera del orden, este encontrarse constantemente al margen de la normalidad, en un plano negativo, está en la base de ciertas afinidades e identificaciones que la cultura griega encontraba entre el héroe y un tipo de pez anfibio que, como Adonis, había vivido parte de

su tiempo en el mundo de los muertos y parte en la tierra, así habría podido existir sea en el mar que en la playa, a donde se retiraba todos los días para dormir; o con la golondrina llamada también **adonis**, porque esta ave vaga indiferentemente de un país a otro, sin pertenecer a ningún lugar (Hesiquio V.d.C.).

Ahora bien, todos estos elementos adquieren un preciso significado en el momento en que es posible enmarcarlos en el fondo de una esfera de caza—por fuerza negativizada— que cede el paso a una realidad agraria que, no obstante, el héroe está destinado sólo a preceder, pero no a vivir. Se trataría, de otros tantos componentes de los fracasos de este personaje, que no debe jamás realizarse completamente: ni como cazador, ni como individuo normal, ni como cereal, ni como flor, ni, en fin, como perfume. Significativo, a propósito de este último particular, es que, aún cuando él nace junto a la mirra, que como "llanto", según se ha dicho, brota del tronco del árbol/madre -como si se tratase también en su caso de una gota de aroma-, sin embargo no tendrá jamás nada que ver con los perfumes; ni aún después de su muerte, pues como vimos, la flor que nacerá de su sangre, es completamente inodora.

Tal vez estamos ahora en grado de ver, desde esta nueva perspectiva y bajo una luz mejor, ciertos elementos del ritual de Adonis hasta ahora poco claros, o del todo descuidados o minimizados por los estudiosos; sin embargo, tenemos la convicción de que, dada la cantidad y la cualidad de la documentación relativa, probablemente no lograremos jamás comprender por completo ciertos aspectos extremadamente problemáticos de la fiesta.

En base a cuanto se ha dicho hasta ahora, por otro parte, podría tal vez asumir un significado más preciso, por ejemplo, la oferta de fruta de árbol seco leñoso y de frituras en aceite, flores y miel confeccionadas en forma de pájaros y varios animales (Teócr. XV, 112-122): este material conciliaría con un destinatario sobrehumano presentado por la tradición como cazador, e introducido bajo un fondo económico caracterizado, más que por una cerealicultura aún en fase crítica o apenas preanunciada, por productos espontáneos del suelo o de la cultivación de árboles frutales.

Una exposición más larga debemos hacer, a propósito de otro elemento de la fiesta que, al contrario de los que nos hemos ocupado, ha estado siempre al centro de la atención de los estudiosos. Se trata de los famosos "jardines" o, por mejor decir, de los "huertos" de Adonis. Esos consistían, como es notorio, en sementeras preparadas en pleno verano en recipientes largos y bajos, en las cuales se sembraban, en escasa cantidad de tierra, lechugas e hinojos que se dejaban germinar a oscuras, a fin de que los brotes no asumieran la natural

coloración; expuestos luego al sol estuvo en el período de la fiesta, estos huertos en miniatura, si ya no estaban enfermos, se destruían al concluir el ritual, entonces eran arrojados al mar. Por tales características de provisoriedad y precariedad, ellos representaban por excelencia, para los griegos, el símbolo de la futilidad, de la inutilidad, de la absoluta imposibilidad de dar fruto, de allí la proverbial expresión "más estéril que un huerto de Adonis" frecuentísimo en los **paremiógrafos**. Como es notorio, fueron especialmente estos "huertos" los que hicieron que el héroe fuese visto por Mannhardt, Frazer y otros más, en estrecha relación con la vegetación, y aún más, casi identificado con el trigo que muere y renace periódicamente. Pero ahora después de las justas críticas hechas por Atallah, nos damos cuenta de lo inadecuado de aquella tesis. ¿Cómo relacionar con el cereal a un personaje que, en el mito, como se ha visto, no entra jamás en contacto directo con la cultivación de éste (con el que, por el contrario, no tiene justamente nada que ver), y que en el rito está relacionado a estos "huertos" que, además de estar compuestos de lechugas e hinojos, y no de trigo o de cebada como hasta ahora se ha sostenido en base a paralelos egipcios, considerados en la antigüedad clásica como ejemplo de cultivación voluntariamente equivocada y destinada a fallar por fuerza (Plat. **Fedr.** 276 B)? Una solución al problema aún abierto de los "jardines de Adonis" podría tal vez encontrarse si se decidiese a considerarlos justo desde este punto de vista: como cultivo que no debe llegar a realizarse de ningún modo, y que por tanto se realiza en un período de tiempo equivocado y según una técnica errada, y además, como si esto no bastase, destruido en el agua estéril del mar. Ellos parecerían constituir, en efecto, en el plano cultural, un paralelo a lo que Adonis representa en el mítico: un fracaso querido e indispensable. Necesario, para que sea consolidada esta realidad agraria preanunciada cada año, al inicio del verano, con la flor surgida de la sangre del cazador Adonis; una realidad agraria en la cual la cultivación de los huertos se practica del modo adecuado, y la base de la existencia está constituida por la cerealicultura.



- AMIANO MARCELINO. *Historias*. Londres, Cambridge-Massachusetts, 1956-58, London, Harvard University Press. Loeb.
- APOLLODORUS. *Biblioteca*. Traducción y notas de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Madrid, Gredos, 1985.
- ARISTOFANES. *Lisístrata*, en *Las once comedias*, Buenos Aires, Porrúa, 1963.
- ATALLAH, H.. *Adonis dans la littérature et l'arte grecs*, 1966.
- ATHENAEUS. *The Deipnosophists*, Londres, W. Heinemann LTD, New York, G.P: Putnam's sons, 1951 (Loeb).
- DETIENNE, M.. *Les jardins d'Adonis. La mythologie des aromates en Grece*, Paris, Bibl. des histoires. Paris Gallimard, 1972.
- EURIPIDES. *Hippolytus*, Londres, W. Heimann, New York, The Mac Millan Co., 1958-59 (Loeb).
- FILOSTRATO. *Diógenes Laercio, Vidas de los Filósofos más ilustres*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1990.
- FRAZER. James G., *La rama dorada*, México, F:C:E:, 1980.
- GRIMAL. Pierre, *Diccionario de Mitología griega y romana*, Barcelona, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- HOMERO *La Ilíada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1976 (Colección Austral).
- _____. *La Odisea*, Madrid, Gredos, 1978.
- M:C: Howatson. *Diccionario de la literatura clásica*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- NONNUS. *Dyonisiaca*, Londres, W. Heinemann Ltd. 1956 (Loeb).
- OVIDIO. *Metamorfosis*, Barcelona, Bruguera S.A., 1972.
- PLINIO. *Natural History*, Londres, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 1958-62
- PLATON. *Fedón, Fedro*, Barcelona, Orbis, 1983.
- TEOCRITO. *Idilli*, Bologna, Zanichelli, 1954.

Licenciado en Historia. ULA. Perfeccionamiento en Historia Antigua. Universidad de Roma. Profesor de Historia Antigua. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de los Andes. Actualmente Director de la Escuela de Historia, ULA. Artículos publicados en el "El Universitario" y Actual. Trabajos de ascenso con derecho a publicación

RESUMEN

El propósito de este artículo es analizar el mito griego de Adonis, partiendo de un aspecto particular al que se le ha prestado poca importancia: su actividad como cazador. Las diversas versiones del mito lo presentan como estrechamente ligado al mundo de la caza, sin embargo, nos preguntamos ¿se trata de un auténtico mito de caza, o, por el contrario, pese a contener motivos relacionados con esta actividad, no entra dentro de esta categoría?

El estudio realizado, tanto del mito, como del ritual de la fiesta de Adonis conocido como **jardines o huertos de Adonis**, nos revelan que se trata de un mito del segundo tipo, mediante el cual se instaura definitivamente la realidad agraria que sustituye a la actividad venatoria.

Palabras claves:

Mito, Adonis, Agricultura

ABSTRACT

The main goal of this essay is to analyse the greek myth of Adonis. The different versions of the myth report it nearly related to the world of hunting. But we wonder whether it is a truly hunting myth, or it is one of another kind? The study of the myth and the Adonis cult ritual known as **Adonis garden or Adonis'orchard** reveals it has an agrarian hidden background. It shows us how the hunting activity is replaced by the agricultural one.

Key Words:

Myth, Adonis, Agriculture